

Por eso, el Reino de los Cielos será semejante a diez jóvenes que fueron con sus lámparas al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco, prudentes. Las necias tomaron sus lámparas, pero sin proveerse de aceite, mientras que las prudentes tomaron sus lámparas y también llenaron de aceite sus frascos. Como el esposo se hacía esperar, les entró sueño a todas y se quedaron dormidas. Pero a medianoche se oyó un grito: “¡Ya viene el esposo, salgan a su encuentro!”. Entonces las jóvenes se despertaron y prepararon sus lámparas. Las necias dijeron a las prudentes: “¿Podrían darnos un poco de aceite, porque nuestras lámparas se apagan?”. Pero estas les respondieron: “No va a alcanzar para todas. Es mejor que vayan a comprarlo al mercado”. Mientras tanto, llegó el esposo: las que estaban preparadas entraron con él en la sala nupcial y se cerró la puerta. Después llegaron las otras jóvenes y dijeron: “Señor, señor, ábrenos”, pero él respondió: “Les aseguro que no las conozco”. Estén prevenidos, porque no saben el día ni la hora.

El Evangelio de hoy, queridos amigos, **la parábola de las diez vírgenes**, nos ayuda a comprender más profundamente la realidad en la que vivimos, a través de esta dramática experiencia del Covid-19: es decir, la **imprevisibilidad del futuro**. Vivimos – y, en cierto modo, esto es algo bueno – como si nada malo o extraño debiera sucedernos; sin embargo, esto, en otro sentido, es algo malo, porque no nos hace pensar que de todos modos la vida tiene un final, que también puede ser dramático y doloroso.

Las diez vírgenes, por tanto, representan las dos posibilidades de estar en el mundo:

- por un lado, los que se dejan absorber progresivamente por este mundo, se alienan en él con las cosas que hacen y olvidan la contingencia de la realidad, como las cinco vírgenes que se durmieron;
- en cambio, los que consiguen combinar los dos polos: la contingencia y la serenidad, la confianza en el mañana junto con la conciencia de que nos puede ser retirado en cualquier momento.

La sabiduría de la que hablaba la primera lectura, creo, es precisamente ésta: **el experto, el sabio, es quien tiene una relación auténtica, sabe ver todas las cosas y las sintetiza en una sola acción.**

El ideal, por tanto, del *Reino de los Cielos* debe ser éste: “Sé que éste puede ser también el último día, pero lo vivo con confianza, con serenidad, en el amor de Dios”.

Cada día que vivimos es un regalo de Dios:

- para que podamos crecer en el amor, en la justicia y en la verdad;
- para mejorarnos, no para perdernos en las cosas vanas del mundo;
- para unirnos a Dios y no ser absorbidos por lo creado;
- para buscar a Dios y no los bienes de este mundo.

Así, la verdadera sabiduría es saber combinar en cada día las dos dimensiones que lo caracterizan: por un lado, la necesidad de trabajar en el mundo y, por otro, la inteligencia y la fuerza para vivir con vistas al Reino. Pidamos, entonces, al Señor esta sabiduría.

Cada día es una bendición, una gracia, un don; un regalo que, sin embargo, se acaba pronto, al llegar la tarde ya se ha ido; si no hemos hecho nada bueno, **hemos desperdiciado nuestra vida.**

No sabemos cuántos dones nos dará el Señor, no sabemos cuántos tendremos, pero quien vive su vida cotidiana orientado hacia Dios, buscándolo ante todo, está siempre listo para el encuentro.

Pidamos al Señor esta gracia, pidamos la lucidez y la fuerza para poder vivir con sabiduría en este mundo y en relación con el mundo de Dios.

Alabado sea Jesucristo y feliz domingo para todos.